

Imaginarios botánicos e imagen. De la cosmogonía ancestral al patrimonio protoecológico

Ana Valtierra Lacalle y Claudina Romero Mayorga

La relectura sistemática de los testimonios literarios, artísticos y etnobotánicos reunidos en *Arte y mito. Imágenes y narraciones botánicas* permite formular una síntesis que reivindica la centralidad de las plantas en la construcción de los imaginarios humanos. El examen comparativo de fuentes procedentes de Europa, Asia y América revela, en primer término, la existencia de una alianza mito-planta que desborda las particularidades de cada cultura y se instala como constante antropológica. Allí donde el grupo humano debió explicar la alternancia de las estaciones, legitimar la domesticación de un cultivo o atemperar el miedo a la escasez, surgió la personificación vegetal y cristalizaron relatos cosmogónicos cuya función principal consistió en injertar la subsistencia biológica en un marco moral. La espiga que Deméter regenera tras la ausencia de Perséfone –cuya ritualización se documenta desde los Misterios eleusinos– ilustra una convivencia consciente con el ciclo cerealístico y con la dimensión mortuoria y regeneradora inscrita en él. De modo análogo, en diversas creencias asiáticas, el loto se convierte en una imagen de revelación final, de iluminación e inmortalidad. En las culturas americanas, el maíz se erige en símbolo identitario, consagrándose como prueba numinosa de la tierra. Junto con las judías y la calabaza, las diversas narrativas confirman que la comunidad se desarrolla y cohesiona a partir de un régimen vegetal-agrario que organiza el tiempo del trabajo y el ritmo del culto.

Lejos de resultar homogénea, esta universalidad adopta modalidades locales que transforman la flora en interlocutor activo. Las culturas antiguas no conciben la vegetación como un escenario inerte sino como un aparato semiótico capaz de traducir lo trascendente a categorías sensibles. La investigación iconográfica sobre los templos de Karnak, por ejemplo, relaciona la apertura diurna y el repliegue nocturno del loto *Nymphaea*

Cómo citar: Valtierra Lacalle, Ana y Claudina Romero Mayorga.. «Imaginarios botánicos e imagen. De la cosmogonía ancestral al patrimonio protoecológico». En *Arte y mito. Iconografía y patrimonio botánico*, editado por Ana Valtierra Lacalle y Claudina Romero Mayorga, 419-422. Madrid: Ediciones Complutense, 2026. <https://dx.doi.org/10.5209/mis003.017>

caerulea con la doctrina egipcia de la renovación solar y con las prácticas funerarias que aspiran a la reanimación del difunto. El pino frigio –en cuyas piñas latentes se han observado adaptaciones pirófitas– se convierte, en los ritos de Atis y Cibele, en una clave dramática del renacimiento tras la catástrofe; el mirto afrodisíaco sintetiza fecundidad y deseo en la iconografía grecorromana; la vid, aparentemente muerta durante la poda de invierno, legitima el retorno de la savia y la embriaguez dionisiaca. La rosa, la azucena, el olivo o la hiedra participan de un inventario afectivo que transfiere a sus pétalos o a sus hojas la codificación de valores morales contrapuestos –amor, pureza, sabiduría, fidelidad–, mientras la manzana oscila simbólicamente entre la tentación y la sanción. Más allá de la dimensión individual, determinados vegetales consagran la pertenencia étnica: sin el maíz no existiría el ethos mesoamericano, como la coca perdería su razón de ser sin la lógica redistributiva que estructura la vida ritual andina. La profusión de metamorfosis –de Dafne al laurel, de Filemón y Baucis al roble y al tilo, de Cipariso al ciprés– configura una ontología que difumina la frontera entre lo humano y lo arbóreo y confirma que la trascendencia se experimenta como integración en un ciclo superior. Por ello, árboles como el roble o el *Kalpavriksha*, se erigen en verdaderos *axis mundi*, comunicando y entrelazando diversos planos de existencia: el ultraterrenal, el humano y el celestial.

Esa matriz simbólica está lejos de ser una elaboración meramente estética; revela una forma incipiente de racionalidad ecosistémica. El estudio de las normativas agrícolas contenidas en el relato hesiódico de los *Trabajos y los Días* ha puesto de relieve un ethos del trabajo que prescribe rotaciones, señala el desgaste del suelo e introduce exhortaciones morales contra la explotación excesiva, rasgos que la crítica contemporánea ha interpretado como rudimentos de una ética medioambiental. En el Creciente Fértil, las tablillas administrativas de la Baja Mesopotamia advierten del peligro de la salinización derivada del sobrerriego, mientras que las crónicas de los reinos hititas relatan sequías asociadas simbólicamente a la profanación de árboles sagrados. En Mesoamérica, la rotación pluridecenal de la milpa, cuyos pormenores entomológicos y pedológicos se confirman hoy mediante análisis de suelos, constituye un ejemplo temprano de policultivo resiliente que evita la erosión y mantiene la biodiversidad. Japón ofrece, por su parte, un cuerpo jurídico-ritual complejo: los bosques de chinju no mori vinculados a los santuarios shinto no podían ser talados sin ceremonia propiciatoria; esa proscripción, como demuestra la investigación sobre gestión forestal de santuario, salvaguardó corredores de biodiversidad durante siglos. La

interacción entre tabú, sacralidad y auto-limitación constituye, pues, un precedente funcional de las políticas de conservación.

Que tales principios llegaran intactos a la posteridad se debió a la capacidad del arte y la literatura para actuar como vectores de memoria. La tesis se verifica al comparar soportes tan distintos como las pinturas murales del Mediterráneo oriental o los bestiarios europeos. Los frescos de Akrotiri, en los que figuras femeninas recolectan azafrán, unifican información agrícola, valor terapéutico y jerarquía social en una imagen de poderosa pregnancia que la arqueobotánica ha contextualizado como evidencia de la importancia económica y la sacralidad fisiológica del *Crocus sativus*. De igual modo, las guirnaldas de hiedra en los sarcófagos romanos subrayan, mediante un código visual inmediatamente inteligible, la promesa de perennidad del difunto y la protección dionisiaca sobre el tránsito al más allá. La mediación textual amplifica este caudal de imágenes: el comentario exegético tardío a los Misterios eleusinos o los himnos órficos despliegan glosas que añaden capas alegóricas, jurídicas y escatológicas a la escena pintada o esculpida. Se forja así una dialéctica entre lo visual y lo escrito que garantiza la transmisión intergeneracional de los contenidos sin sacrificar su polisemia.

La pertinencia contemporánea de estos hallazgos radica en la convergencia que se advierte entre las intuiciones antiguas y las formulaciones científicas actuales; la literatura suiza, el teatro contemporáneo y la plástica actual dan cuenta de ello. La noción de holobionte, introducida por Lynn Margulis y perfeccionada en la biología de la simbiosis, describe la vida como un consorcio indivisible de organismo huésped y microbiota, una idea que la mitología había expresado con la imagen de la dríade consustancial a su árbol. La ecología forestal moderna reconoce, asimismo, la importancia de las redes de micorrizas para la distribución de nutrientes y señales químicas entre árboles, fenómeno que adquiere resonancias casi narrativas cuando se recuerda la creencia amerindia de que los suelos hablan a través de sus raíces. La interdependencia no es, por tanto, una invención de la crisis climática, sino un presupuesto cosmovisional al que recurren los relatos vegetales para vehicular la prudencia, la limitación y la reciprocidad, virtudes cardinales de cualquier proyecto de sostenibilidad.

Todo lo anterior conduce a una conclusión integradora: el estudio de los mitos botánicos no constituye un ejercicio meramente histórico-arqueológico, sino una vía hermenéutica que ilumina la doble dimensión –alimentaria y simbólica– de la relación humana con la flora. Las plantas, al proporcionar materia para la subsistencia, proveen también el vocabulario con el que las

sociedades han pensado la muerte, la fertilidad, el poder y la transgresión. En un momento histórico definido por la alteración de los grandes ciclos biofísicos, el rescate académico de estas narrativas aporta un arsenal de metáforas capaces de vincular la precisión analítica de la ciencia con la eficacia movilizadora de la emoción. No se trata de idealizar el pasado ni de confundir tabú con política ambiental, sino de entender que ciertas estructuras simbólicas –el árbol sagrado, la semilla sacrificial, el jardín paradisiaco– contienen, en potencia, formas de razonamiento que pueden dialogar con los modelos sistémicos de la ecología contemporánea y reforzar su recepción social.

Así pues, *Arte y mito* demuestra que la cultura botánica ha funcionado como un laboratorio de cognición ecológica cuya vigencia no depende de la pervivencia litúrgica de los cultos antiguos, sino de la capacidad actual para reactivar sus índices semánticos en el discurso educativo, museográfico y, sobre todo, ético. Si la presente investigación ayuda a consolidar esa traducción entre la filología de ayer y la política ambiental de mañana, el retorno intelectual a las raíces habrá dado su fruto más necesario.